EL SECRETO DE LI WONG

por José León Cano

Entreabrió con su lengua la puerta de sus dientes en busca de la lengua de Li Wong, y al encontrarla una oleada de placer le encendió la sangre. Pero Li Wong deshizo el abrazo, le miró a los ojos y repitió:

—Acabo de cumplir sesenta años. Debes creerlo porque es la verdad. Te enseñaré mi documentación, donde se especifica que nací el 3 de agosto de 1920.

A Peter Mandel se le abrieron los ojos como platos. La contempló lleno de asombro y dijo.

—¡Imposible!

—Es cierto. Los he cumplido hace tres días.

¡Sesenta años! Pensó que aquella deliciosa criatura le estaba tomando el pelo. Deslizó de nuevo las yemas de sus dedos sobre el pecho desnudo de Li Wong, suave y cálido como el de una niña. Acarició su pelo oscuro y brillante, y no pudo encontrar ninguna cana. La atrajo hacia su boca y besó otra vez unos labios jugosos y ardientes como frutas recogidas en verano... ¡Sesenta años!

—No entiendo este juego.

—No se trata de ningún juego, Peter. Sabes que te amo, y por eso debo decirte la verdad.

—Pues tendrías que explicarme cómo es posible que, teniendo sesenta años como dices, parezca que acabas de cumplir veinte.

Li Wong se llevó el índice a los labios y sonrió. Tendría que explicarle muchas cosas. Por ejemplo, cómo era posible que sus ojos negros brillasen siempre de una forma tan extraordinaria, cómo era posible que desarrollase tanta actividad, que jamás se mostrara cansada, que siempre estuviera dispuesta a hacer el amor y siempre lo hiciese con extremada delicadeza, pero con una fogosidad absolutamente impropia de la raza amarilla.

—No me importa que tengas sesenta años o sesenta mil, con tal que sigas haciéndole a mi cuerpo todas esas diabluras que le haces. Pero compréndeme, amor mío. Eso que me dices es inaceptable. Y no merezco que me tomes el pelo.

—Te lo explicaré todo. Pero ahora ven, abrázame...

El aire acondicionado del hotel les mantenía aislados de la fiebre pegajosa con que Bangkok se embadurnaba todas las noches. Gracias a ello, Peter Mandel, el incorregible trotamundos, y Li Wong, la hermosa prostituta amarilla, pudieron abandonarse nuevamente al frenesí copulatorio, arte en el que Li Wong se mostraba tan experta como si fuera cierto que tuviera sesenta años y hubiera pasado medio siglo de su vida sin hacer otra cosa. La asombrosa vagina de la vietnamita parecía dotada de vida propia, y conocía las necesidades masculinas con tan absoluta perfección que Peter alcanzó, por primera vez en su dilatada vida sexual, cinco ofrendas seguidas sin que su virilidad se sintiese por ello abatida. No era extraño, por tanto, que el conocido fotógrafo del «Harper´s» creyera haber franqueado, con la ayuda de Li Wong, las mismas puertas del paraíso. Por supuesto, no podía creer lo que Li Wong decía acerca de su edad, «pero si el secreto de la eterna juventud —pensó— tiene algo que ver con el secreto de la eterna virilidad, no cabe duda de que esta muñeca me lo está transmitiendo».

Peter fumó ese cigarrillo delicioso que sigue al último orgasmo mientras el nuevo día comenzaba a clarear por los ventanales de la habitación. Más allá la vida oriental, tradicionalmente madrugadora, comenzaba a pulular de forma ensordecedora, construyendo una discordante sinfonía de ruidos de claxon, gritos y timbres de bicicleta. Bangkok no dormía apenas bajo el agobiante manto nuboso del monzón, pero Li Wong, observó entonces, no dormía nunca. Estaba a su lado en la cama, respirando a un ritmo acompasado y profundamente, como si durmiera, aunque tenía los ojos abiertos. Y recordó que en las siete maravillosas noches que había pasado con ella jamás la había visto dormir. «Hace muchos años —dijo en ese momento Li, tal vez adivinándole el pensamiento— que he dejado de dormir. No lo necesito. Cuando se vive el presente con los ojos muy abiertos, el tiempo no pasa. Dormir es acercarse a la muerte, Cuando conozcas el secreto para no envejecer, tú también vivirás intensamente el presente y no querrás volver a dormir.»

Peter ardía en deseos de que le revelara el acertijo, si es que se trataba e eso. Pero conocía lo bastante a Li como para saber que nada conseguiría preguntándoselo. Era una chica tozuda, siempre tomaba la iniciativa y jamás daba su brazo a torcer, aunque se tratase de asuntos nimios. Cuando la conoció en un famoso prostíbulo de la ciudad, oficialmente una «casa de masajes», de esas que exhiben el «género» tras una amplia cristalera, fue ella quien le eligió a él, y no a la inversa. Se sintió inmediatamente atraído por la intensidad de aquella mirada oscura, transparente y al mismo tiempo impenetrable, en cuyo fondo ardía con

ímpetu extraordinario el fuego del deseo. Cuando indicó al encargado el número que Li Wong lucía en su amplio escote, ésta se levantó y le mostró la lengua, componiendo con aquel gesto una promesa inequívoca de placer, que se vio ampliamente satisfecha desde el momento en que, cerrándose la puerta del cuarto tras de sí, comenzó a desnudarle con parsimonia, y luego sus manos deliciosas acariciaron con sabiduría aquellas zonas de su piel donde se concentraban ansiosamente impulsos que hasta entonces había desconocido... Tuvo que admitir que se había enamorado de ella como un colegial. La delicadeza, la fragilidad, la armonía, la eterna sonrisa de las muñecas amarillas se sumaban en Li Wong a una extraña ternura, no exenta de cierto autoritarismo, constituyendo un conjunto excepcionalmente valioso, incluso para un corazón fatigado y escéptico como el de Peter Mandel. Hasta el inglés que hablaba Li Wong, ingenuo y alicorto, le sonaba a música celestial.

—Me gustaría haber estado más noches contigo, antes de que conocieras el secreto, porque haces el amor divinamente y cuando lo sepas tal vez ya no me quieras...

—Te voy a querer siempre.

—... Pero ha llegado el momento, si es que he conseguido despertar tu curiosidad tanto como tu deseo.

—No estás obligada a decirme nada, Li. Admitió que esa tontería de tu edad no encaja en mis esquemas, pero me es igual. Podemos olvidar el asunto y seguir como hasta ahora.

—No. Ahora que sabes mi edad debes conocer el resto. Vendrás conmigo y lo verás todo.

Li se enroscó entonces por última vez al cuerpo de Peter como si fuera una serpiente, de tal forma que, ante el asombro de éste, logró despertarle nuevamente el deseo hasta el punto de que ya se disponía a hacerla suya. Pero Li, en vez de entregarse, le sonrió con inmensa ternura, comenzó a vestirse y le instó a que hiciera lo mismo:

—Vamos a ir en mi coche a la aldea de mis padres. Está cerca.

Peter no opuso resistencia, y diez minutos después se encontraba a bordo de uno de esos feos coches japoneses que hacen intransitables las congestionadas calles de Bangkok. Li Wong conducía con la mano izquierda, mientras con la otra le prodigaba caricias incesantemente, recorriendo una y otra vez sus muslos, su pecho, el bajo vientre... De esta forma, la travesía de la ciudad se le hizo corta, y comenzaron a discurrir ante sus ojos inmensos arrozales, llanos como a palma de la mano. Eran las siete de la mañana y el estómago de Peter, tras una noche tan felizmente agitada, estaba reclamando su desayuno, así que le sugirió a su compañera la conveniencia de parar. Creyó advertir, cuando se dijo, un extraño brillo en los ojos de Li Wong.

—Es mejor que desayunemos al llegar —repuso—. Ya nos falta poco.

Y en ese momento pisó a fondo el acelerador. El coche comenzó a correr a velocidad endiablada por una carretera estrechísima, pero Li Wong conducía con tanta seguridad y destreza, pese a que su mano derecha seguía ocupada en acariciarle, que Peter apenas se inquietó, y menos aún cuando Li, extremando su deliciosa sonrisa, dijo:

—Así desayunaremos antes.

Al cabo de media hora llegaron a un grupo de casuchas de adobe, con techos de hojalata, que surgían del barrizal como oscuras prolongaciones de la tierra. El coche tuvo serias dificultades al cruzar el barro, donde las ruedas se agarraban a duras penas. En una ocasión estuvieron a punto de quedar aprisionados, y entonces la dulce Li Wong, completamente transformada por la ira, comenzó a proferir una serie de exclamaciones incomprensibles que a Peter le parecieron, por el tono, horribles palabrotas. Aquella tampoco encajaba con la idea que se había hecho de su amante, quien, al advertir el estupor de s compañero, cambió rápidamente el gesto airado por su perenne sonrisa. Peter, sin embargo, comenzó a inquietarse, aún sin saber cuál podía ser la causa de su desasosiego. Cruzó por su mente la idea de haber caído en una trampa, aunque la mano encantadora de Li Wong, deslizándose suavemente pro su bragueta y tirando con no menos suavidad de la cremallera, le hizo desechar tan negro pensamiento.

El coche, una vez superado el obstáculo del barro, continuó rodando más allá del pueblecito hasta alcanzar una suave colina en cuya cima, se levantaba una casa algo mayor que las anteriores, pero de similares características. El cielo, preñado de nubes negras, comenzó a entenebrecerse cuando Li, parando el vehículo frente a la puerta principal, indicó que habían llegado a su destino y añadió:

—Ahora comeremos.

Abrió la portezuela de Peter un individuo todavía de aspecto joven, como de treinta años, vestido con un pijama de seda negra al estilo chino. De su barbilla lampiña colgaban apenas cuatro pelos, formando una perilla inverosímil, larga y despoblada, que contrastaba con la propia barba de Peter, rizosa y espesa. El individuo saludó admirativa y ceremoniosamente al recién llegado y pidió permiso, con un gesto, para acariciarle la barba. Peter accedió a ello de buen grado y el amarillo le tiró suavemente de la barba, al tiempo que mostraba su satisfacción repitiendo hasta la saciedad una de las pocas palabras que sabía en inglés:

—¡Fuerte, fuerte...!

Peter cruzó el umbral de la puerta, que fue cerrada de un violento golpe por Li Wong. Esta se volvió entonces a su amante y señalando al joven de negro, le dijo:

—Es mi padre.

No le dio tiempo a salir de su asombro. Porque sentada junto a una mesa camilla en el centro de la habitación, una mujer algo mayor que Li Wong, aunque todavía espléndida y apetecible, le dirigía una

mirada inquisitiva desde sus ojos rasgados y se relamía impúdicamente sin dejar de sonreír.
—Es mi madre.
Peter, estupefacto, se dejó caer en una silla junto a aquella mujer que tan lejos estaba todavía de haber alcanzado la madurez.
—Supongo —insinuó— que se trata de una broma...
Pero Li Wong se le sentó en las rodillas, ante la mirada aprobatoria de sus pretendidos padres, y le abrazó con fuerza, sin dejar de lamerle y mordisquearle el lóbulo de la oreja con gozosa picardía.
—No es ninguna broma, querido. Estas personas «son» mis padres. Mamá tiene noventa años y papá noventa y tres. También ellos conocen el secreto de la juventud eterna, como lo vas a conocer tú dentro de un momento.
Peter empezó a inquietarse seriamente. Miró hacia la puerta y comprobó que estaba cerrada con llave. Luego, la mujer que había sido presentada como la madre de Li Wong cerró las cortinas de la única ventana y encendió un quinqué de petróleo, mientras el padre colocaba sobre la mesa un gran cuenco de barro y un lago cuchillo dentado.
Li Wong advirtió la inquietud de su invitado.
—No te pongas nervioso... Estamos tomando precauciones para que no nos vean los vecinos. Porque lo que vamos a hacer es ilegal. Está prohibido por el Gobierno... Pero ahora debo contarte cuál es el secreto que nos permite mantenernos siempre jóvenes y fuertes.
El corazón comenzó a latirle aceleradamente. Intuía, oscuramente, que había alguien más en la casa. Sintió deseos de escapar cuanto antes, pero las mullidas posaderas de Li Wong, contoneándose arteramente sobre su miembro, actuaron como un gozoso anestesiante. Y así fue como Peter pudo escuchar la historia que le contaba su amante hasta el final.
—Pertenecemos a una secta muy perseguida —dijo Li Wong—, cuyos orígenes se remontan a la antigua China. Dicen de nosotros que somos nigromantes y que utilizamos la ayuda de demonios para mantenernos en la juventud, pero no es verdad. Lo conseguimos con unos medios más simples. Hace tiempo que nuestra secta descubrió algo muy sencillo, pero muy eficaz. El cerebro e mono, devorado cuando el animal todavía está vivo, proporciona longevidad, fuerza y armonía para siempre. Al mono se le abre la cabeza con un escalpelo y empieza a chillar de terror. Hay que hacer la operación con mucho cuidado para que el animal no muera, porque si muere antes de tiempo su cerebro pierde esas propiedades maravillosas. Por tanto, hay que empezar a comer el cerebro eligiendo bien las partes, a fin de que el mono, aunque parcialmente descerebrado, pueda conservar la vida el mayor tiempo posible.
De pronto, el cuerpo de aquella mujer, aparentemente, joven, le produjo una repulsión asquerosa, y una náusea incalificable le recorrió las entrañas: ¡Estaban invitándole a comer el cerebro vivo de un mono!
—Sólo que esta vez, amor mío —añadió Li Wong—, comeremos algo mejor.
Entonces comprendió. El chispazo de la revelación iluminó su cerebro como una descarga abominable. Pero ya era demasiado tarde. Dos manos fuertes y huesudas sujetaron con fuerza sus brazos tras el respaldo de la silla. La acción fue tan inesperada y vigorosa que no pudo reaccionar. Volvió la cabeza y contempló el rostro maduro, sonriente como todos los chinos, en cuyas malignas facciones se reflejaba un infame deleite.
—Se me olvidaba presentártelo —dijo Li Wong con sorna—. Es mi abuelo. El mes pasado cumplió ciento veintisiete años.
Los cuatro personajes le rodearon sin dejar un momento de observarle ni de sonreír. Le hubiera gustado imaginar que estaba sufriendo una pesadilla, pero tuvo que aceptar la espantosa realidad. La evidencia de su muerte inmediata actuó como un poderoso revulsivo y se puso a patalear tratando de levantarse de la silla. Pero el cuerpo de Li Wong, sentado en sus rodillas, se lo impedía.
—Quieto, quieto... Pobre Peter. Ya no puedes hacer nada, querido.
Gritó como un cerdo a la vista del matarife, pero comprendió que, en aquella casa aislada, nadie podría escucharle. Los gritos de Peter excitaban y divertían a sus verdugos.
—Sucio blanco —dijo Li Wong fingiendo un tono amable—, grita cuanto quieras. Así me gustas más.
Entre todos, febrilmente, le ataron a la silla con una cuerda. En vano trató de oponer resistencia, con los músculos crispados de espanto y sabiendo que ya no había posibilidad de escapar. Entonces Li Wong, todavía sentada en sus rodillas, se le abrazó al cuello y, con la boca pegada al oído, le habló en voz baja.
—Adios, amor mío. Te portaste muy bien conmigo. Ningún blanco me había proporcionado jamás tanto placer como tú. Me hubiera gustado que llegaras a saber esto mucho más tarde. Habríamos gozado muchas noches más. ¿Te acuerdas? Cuando te llegaba el placer y expulsabas tu asqueroso semen te volvías igual que un niño y te aferrabas a mis pechos como si fuera tu madre. Eso me gustaba, sí, es la verdad me gustaba mucho. Pero ahora me vas a dar más gusto que nunca, y eso a lo mejor te consuela.
Entonces le besó, hundiendo su boca hasta alcanzar la lengua de Peter. Este sintió su gustoso y abominable tacto y hubiera deseado escupirla, pero un sentimiento mucho más hondo le hizo gemir como un cachorrillo.
—Tened piedad de mí, por favor, os lo suplico, tened piedad de mí...
Peter repetía su salmodia cada vez con la voz más ahogada, y un sadismo sibarita brilló en los ojos de quienes contemplaban su desesperación. Hasta que, incapaz ya de proferir palabra, comenzó a llorar

mansamente.

Fue entonces cuando el padre de Li Wong acercó el cuchillo dentado a su frente y rasgó la piel hasta alcanzar el hueso.

No fue tanto el dolor insufrible como el horror a lo que después sucedería, lo que le hizo a Peter proferir un grito desgarrador. Pero nadie, a excepción de sus cuatro verdugos, pudo escucharlo.

—Y ahora mira, cerdo, mira lo que tengo en la mano...

Li Wong, malignamente, sujetaba ante sus ojos, prendido por el cabello, un cuajarón sanguinolento que Peter, en plena lucidez, identificó como parte de su propio cráneo. Sentía en el filo del hueso arrancado un lazo de hielo lacerante. La sangre atravesaba la frontera de las cejas y discurrías hacia sus ojos enturbiándole la visión, pero no impidiéndosela. Fue así como, tras sentir algo inconcebiblemente dulce y luminoso en el fondo más profundo de su cabeza, vio la maravillosa boca de Li Wong entretenida en masticar despacio, con absoluta delectación, un trozo de substancia blanquecina. Y luego se borró, en una inmensa sombra, toda apariencia de realidad.